

Texto del libro.

Título

Escape sobre ruedas

Sinopsis

Una historia que habla sobre una escuela, sus alumnos y el tedio que les representa el día a día y sobre todo su profesora, Smith, quien hace de la escuela el lugar más aburrido de todos. Acompañe a los chicos en su aventura en busca de convertir sus días en algo más divertido y emocionante.

Contratapa

Un grupo de chicos de la primaria quieren escapar del colegio, pero antes, deberán atravesar las tediosas clases de la maestra Smith. ¿Lograrán escapar? ¿Serán descubiertos por sus padres? ¿Qué problemas encontrarán en el camino?

Contenido

Prólogo	1
Capítulo 1	1
Capítulo 2	6
Capítulo 3	9
Capítulo 4	12
Capítulo 5	16

Prólogo

El aprendizaje es un proceso que nos acompaña toda la vida, desde el primer respiro que damos al nacer. Aprender es algo que hacemos todos sin darnos cuenta, y de millones de maneras distintas. A veces, el aprender puede ser tedioso, puede parecer que estás aprendiendo algo que no tiene valor, pero el saber no ocupa lugar y uno nunca sabe cuando el conocimiento puede abrirnos puertas que no abriríamos de otra manera.

Capítulo 1

Las mejores enseñanzas resultan de las más grandes aventuras. La que estás por leer fue una que marcó un antes y un después en mi vida. Recuerdo aquella tarde de otoño en la escuela donde todo se veía muy normal, las hojas de los árboles caían y yo observaba cómo bailaban junto a la brisa y me esforzaba por no quedarme dormido, mientras escuchaba la voz distorsionada de la maestra Smith dando su clase de geografía.

—Y como pueden ver en el pizarrón, el sistema de coordenadas geográficas es un conjunto de líneas imaginarias que se divide entre las verticales y las horiz...

¿Cómo olvidar sus clases? Eran todas iguales: ella apagaba la luz del aula, proyectaba imágenes sobre el pizarrón y las acompañaba con un discurso monótono que me adormecía por completo. Ya tenía dos notas en mi cuaderno rojo por dormir en su clase, pero... ¿Cómo evitarlo? Su voz era como un susurro que me invitaba a entrar profundamente en mis sueños.

En algunas ocasiones, cuando el aburrimiento se mezclaba con mis sueños, mi mente creaba historias de superhéroes, quienes entraban al aula y me sacaban volando por la ventana para ir a combatir a los villanos de la ciudad junto a ellos.

Pero ese día sucedió algo inesperado. Lo que yo no sabía es que no todos los superhéroes usan capa... y yo estaba por comprender la lección más importante de mi infancia.

Estaba por adentrarme en el mundo de los sueños mientras mis ojos se cerraban lentamente, pero de repente me estremecí al escuchar a Raúl, mi compañero de clase, sentándose junto a mí.

—¿Te entregamos la tarea de hoy, maestra Smith? —Gritó con una voz nasal que casi me parte los oídos.

Todo mi sueño se esfumó en una milésima. Levanté la mirada y comencé a pensar en lo que acababa de decir, ¿de qué tarea habla? ¿acaso me estoy a punto de ganar otra firma en mi cuaderno rojo? Una gota de sudor recorrió mis mejillas, cuando, de repente, una oleada de gritos y carcajadas interrumpieron mis pensamientos. Toda la clase se volvió un caos entre gritos, risas y lamentos, mientras la profesora Smith se distraía con el comentario de su alumno preferido.

—Si, claro Raúl, ¡tenés razón! Casi me olvido...

El aula se portaba cada vez peor. Todos se quejaban y rezongaban ante el recordatorio de Raúl. El enojo invadió todo mi cuerpo, no faltaba una clase donde él no arruinase la felicidad del resto con sus comentarios molestos, siempre intentando llamar la atención, y ¡ah! tenía el descaro de verificar si todos habíamos hecho la tarea. Vivía pegado a la profesora, como un mosquito en verano.

Smith y su fiel alumno, o mejor dicho, el sinvergüenza de Raúl, empezaron a recorrer banco por banco. Recolectaban la tarea de todos los que la habían completado y los cuadernos rojos de los que no, para que los chicos como yo volviésemos a nuestras casas con una mala nota y un sermón lleno de regaños inventados por Smith, listos para ser leídos atentamente por nuestros padres.

Mientras yo imaginaba todas las penitencias que iba a recibir cuando vuelva a casa, en el fondo de la clase, Juan y Miguel estallaban de risa, sembrando el desorden sin ninguna preocupación.

—Che Miguel, llámá a Nico y mostrásela, le va a encantar —Dijo Juan, muy emocionado.

Giré la cabeza para observar de qué se trataba todo el alboroto. Miguel le tocaba el hombro a Nico, el tercer y último molesto del fondo, mientras él dibujaba sobre su cuaderno.

—¡Eu Nico! —Dijo Miguel

—¿Qué querés? —le respondió Nico. —Me hiciste arruinar mi dibujo, bobo

—Mirá esto. —Miguel sacó de su mochila una patineta de skate.

—¡La conseguí! Mi hermano me la regaló después de insistirle por meses

—¡Wooooow! ¿¡En serio!? ¡Vamos a probarla!

Por un momento, la curiosidad se apoderó de mí e instintivamente exclamé desde mi banco para intentar salvarlos de un reto.

—¡Shhh chicos! ¡Smith los va a echar si no hacen silencio!

Mi comentario fue en vano, el alboroto se hacía cada vez más intenso y la maestra Smith no tuvo más remedio que tomar acción. Caminó rápidamente hasta su escritorio y con la enorme pila de tareas y cuadernos rojos en sus brazos, golpeó violentamente su banco. Un sonido fuertísimo retumbó por todo el aula.

—¡Cállense! —gritó la maestra Smith lo más alto que pudo.

Aturdidos, todos hicimos silencio. No podíamos creer que Smith fuese capaz de reaccionar tan violentamente. Ella estaba muy estresada y ya no lograba controlar todo el caos que se había desatado.

Mientras tanto, Miguel, Juan y Nico seguían en lo suyo, contemplando la patineta y pensando en todo lo que podrían hacer con ella después de clases.

Smith, encontró la manera más divertida para retomar la clase:

—Bueno chicos, vamos a repasar las provincias argentinas, a ver... Miguel. ya que tenés tantas ganas de hablar, ¿cuál es la capital de Buenos Aires?

Miguel la miró sin saber qué decir, como un ciervo varado en el medio de la ruta, deslumbrado por los faros de un coche que se le acercaba a toda velocidad. No sabía la respuesta.

—Acuérdense que la prueba es el lunes. Hoy es viernes. Tienen 3 días para estudiar todas las páginas del libro. Miguel, espero que sepas responder esto porque el Lunes te lo voy a preguntar.

Miguel miró a Nico, y tratando de contener la risa le dijo de forma burlona, imitando a la maestra Smith:

—Nico, espero que estudies todo el planeta para mañana o vas a tener una firma en tu cuaderno rojo.

Smith ya no los aguantaba más, y con un solo gesto decidió imponer el orden de una vez por todas.

—¡Juan! ¡Miguel! ¡Nico! ¡Salgan los tres del aula y vayan directo a dirección!

Miguel y sus compañeros se levantaron sin preocupación alguna y salieron con la frente en alto. Esto no era novedad para ninguno de nosotros.

—¡Maxi!, vos también, acompaña a tus compañeros fuera del aula.

—Pero, señorita, ¿yo que tengo que ver?

—Acompáñalos o te vas a tu casa no con una, sino dos firmas en tu cuaderno rojo.

Esto sí era una novedad, me encontraba totalmente desorientado, no entendía ni la situación ni qué obligó a la señorita Smith a sacarme del aula junto a los compañeros más revoltosos. Sin ninguna objeción salí, preocupado, observando a mis compañeros de castigo.

En el momento justo que Miguel salió del aula, ya tenía todo un plan para pasar la tarde de castigo.

—¡Al fin nos saca, no la aguantaba más a la boba esa! —Dijo Juan

—Chicos, tengo una solución. ¿Y si nos rateamos ahora? —Interrumpe Miguel

—¡No! ¡¡Mirá si nos agarran!! ¡Mi mamá me va a matar!

—Tranquilo Nico, mi hermano lo hace siempre. Me dijo que es re fácil y no hay forma que nos descubran, vos confiá en mí. —Dijo Miguel

—¿Como vamos a hacer? ¿Estás seguro de esto? —Dijo Juan, con interés

Si antes no entendía nada ahora menos, de un momento a otro me encontré formando parte de un grupo de fuga. Si llegaba a coleccionar una firma más en mi cuaderno rojo me iban a suspender. Por lo tanto tenía dos opciones, acompañar esta idea alocada y disfrutar de la poca felicidad que me quedaba antes que mis padres vieran mi libreta, o no ir con ellos y buchonear su plan a Smith... la misma que decidió sacarme del aula sin justificación alguna.

Mientras todos estos pensamientos se cruzaban por mi cabeza, Miguel se encontraba delante mío, señalando el pasillo del fondo donde estaba nuestro oportunidad de escape: la puerta trasera de salida. Con una voz segura, Miguel exclamó:

—¡Tan solo tenemos que llegar hasta ahí

Mi ingenuidad me identificaba y con una pregunta le respondí:

—¿Y, qué hay del otro lado de la puerta?

—Me dijeron que hay unas escaleras secretas que te llevan directamente a la salida del colegio. —Dijo Miguel

Nos miramos entre todos, algunos con cara de preocupación y otros emocionados por emprender esta aventura. Yo seguía dudando a qué bando quería pertenecer, pero decidí ser el primero en caminar hacia el final del pasillo donde se encontraba la puerta misteriosa, que podría significar un terrible castigo de mis padres o una salida directa a la victoria.

Capítulo 2

Es divertido pensar en las vueltas de la vida, pasé de ser invisible a ser la cabeza del grupo más rebelde. No sé si debería sentirme orgulloso de esto, pero mi confianza aumentaba en cada paso que daba. De pronto, estaba enfrente de

aquella puerta grande de metal, que tenía una pequeña ventana de vidrio que no dejaba ver hacia el otro lado. Puse mi mano en la perilla y lentamente le dí una primera vuelta...

—¿Se dan cuenta no? La profesora Smith notará nuestra ausencia e irá avisar en dirección, van a avisar a nuestros padres y... —Nico es interrumpido por Miguel—

—¡Basta Nico! No podés ser así. Nadie va a decir nada. Fijate en Maxi, no mataba ni media mosca y ahora está por abrir la puerta, relajate.

—Pero nos podríamos meter en quilombos y sería lo mismo. Ya no tengo ganas de escaparme. —Dice Juan, preocupado—

No había vuelta atrás, estábamos fuera de clase y por abrir la puerta, por lo que decidí hacerme escuchar:

—Dale Juan, no te quejes más y acompañanos, vamos a salir de este colegio. Yo creo que no te das cuenta de lo mucho que nos vamos a aburrir en dirección. Además, por fin tenemos la oportunidad de hacer algo nuevo.

De repente todos se quedaron callados, observándome, creo que ninguno esperaba que tomara la palabra. Pero alguien tenía que ser el líder, y no iba a dejar que sea Miguel. Si íbamos a llevar a cabo esta locura, teníamos que hacerlo bien, y tener a Miguel al mando era como estar en un barco agujereado, que se hunde lentamente.

—Antes de escapar tenemos que asegurarnos que nadie nos vea. Especialmente las autoridades.

—¿Y quién se queda vigilando?

—Fácil, tiremos una moneda para decidir.

La moneda habló y Nico fue el elegido. Se quedó detrás de nosotros, observando el pasillo. Yo abrí la puerta, asomé mi cabeza y luego el cuerpo, e hice una seña. No había moros en la costa.

La puerta daba a la parte de atrás de la escuela, junto a un tacho de basura y una calle angosta. Inmediatamente Miguel y yo salimos corriendo a escondernos detrás del tacho y esperamos al resto. Conocíamos el barrio y teníamos que planear bien

nuestra fuga para no ser descubiertos. Mientras ideábamos nuestro plan, un fuerte ruido interrumpió nuestros pensamientos. Desde nuestro escondite pudimos ver lo que parecía la exacta silueta de Raúl caminando hacia nosotros. Nos miramos entre todos por un instante y entendimos lo que teníamos que hacer: salimos corriendo por la calle angosta como si un perro nos estuviese persiguiendo. Salí primero y corrí sin mirar atrás, solo quería salir de la escuela. Cuando llegué a la esquina, giré a mi alrededor y solo ví a Miguel, los otros aún no nos alcanzaban. Aproveché ese tiempo para intentar conversar con Miguel. No es que tuviéramos la mejor relación, pero ya que íbamos a ser cómplices de escape, pensé que sería una buena idea tener buenos tratos.

—¡Somos rápidos! ¿No?

—Más o menos, pero... ¿Sabés con qué vamos andar a mil? —Respondió Miguel sacando su skate de la mochila.

—¿Sabés andar?

—Algo, pero ese no es el punto, vamos a aprender todos.

El resto de los chicos nos alcanzó, y con eso dicho, nuestro próximo destino era el parque de skate, donde íbamos a aprender todo lo necesario para disfrutarlo y poder presumir nuestra escapada de clase. Comenzamos a caminar en busca del parque, nadie sabía dónde era. Con cada paso nos adentrábamos en las calles misteriosas de la ciudad. Los edificios eran cada vez más altos y las esquinas se volvían más desconocidas, parecía que entrábamos a un nuevo mundo, no tenía idea de cómo se veía la ciudad sin la compañía de un mayor.

Decidí girar y ver si les pasaba lo mismo a mis compañeros, y ví que todos estaban igual de anonadados por lo que veían, y pregunté:

—¿Ya estamos cerca?

Todos estaban tan distraídos por la ciudad que parecían no haberme escuchado. Unos segundos después, Miguel reacciona:

—Tranquilos, ya estamos cerca. —Señaló el final de la cuadra.

A lo lejos, pudimos ver el parque de skate. Mientras nos acercábamos, podíamos distinguir cómo las rampas se volvían cada vez más grandes y comenzamos a ver a las personas con más detalle. Se podía notar cómo los que estaban allí disfrutaban las actividades del parque, sin preocupaciones y sonrientes, se notaba que era su pasión.

Allí también descubrimos que existían skates de diferentes colores y nos adentramos en aquella cultura, donde todos eran distintos. Algunos tenían cabello largo, otros más corto, otros tenían tatuajes y aritos.

Hablando del deporte, el ruido que hacían las ruedas del skate contra el asfalto era único, y los diferentes trucos que hacían con ellos eran sorprendentes y parecían imposibles. En un momento dirigimos la mirada a la rampa más alta, esta tenía forma de U y en ella estaba un chico más grande que nosotros, con el cabello hasta los hombros y el skate preparado para tirarse con gran impulso. Suponíamos que su plan era llegar hasta la otra punta de la rampa, y con un empujón de su pie izquierdo se dejó caer y llegó a la otra punta. Allí, dió un giro en el aire y aterrizó perfectamente. El truco nos pareció excelente. Nos quedamos asombrados.

Capítulo 3

Fue sorprendente ver cómo llegamos al parque sanos y salvos. Estábamos repletos de preocupaciones, pero nos las olvidamos por completo al ver las grandes pistas, las personas descansando debajo de los árboles, las bicicletas y patines acompañados por los increíbles trucos que hacía la gente. Esos chicos, tan emocionados por andar se volvieron nuestra inspiración para probar el skate.

—Saca el Skate —grité.

Miguel no dudó ni un segundo, sacó el skate de su mochila, lo dejó en el suelo, puso un pie sobre él, y con el otro dió un leve impulso para moverse.

—¡Miren lo que voy a hacer! —dijo Nico emocionado.

Tomó el skate ansioso, subió una de las rampas más pequeñas, dejó la tabla sobre el borde y se deslizó por la rampa.

No nos esperábamos que Nico se animara a tirarse. Todos éramos principiantes y nos parecía peligroso subir a las rampas sin experiencia, por lo que le pregunté a Juan:

—¿Desde cuando Nico es tan valiente?

—No sé, pero se ve muy convencido. Podemos mirarlo de lejos.

Todos dimos un paso hacia atrás, levantamos la mirada y vimos a Nico listo para lanzarse en la rampa con el skate nuevamente. Al tirarse, su pelo se movía con el viento e iba perdiendo velocidad. Luego frenó y cayó en la parte más baja de la rampa, rodó por unos segundos, se levantó y gritó:

—¡Ey, chicos! ¡Esta muy bueno!

Todos nos emocionamos, y queríamos probar todas las formas de andar. A Juan se le ocurrió hablar con algunos de los chicos que estaban en el parque para ver si nos enseñaban algunos trucos o nos explicaban la mejor manera de empezar, porque la estábamos pasando bien haciendo lo que podíamos, pero no sentimos que le estábamos sacando provecho al skate.

Su idea no nos convencía del todo, porque nos parecía peligroso hablar con gente desconocida, creíamos que podía salir mal. Miguel fue el único que lo apoyó.

—Estaría bueno que alguien nos enseñe. ¿Podrías conseguir a esa persona?

—Dale, no me molesta. Supongo que alguien nos va a enseñar si preguntamos, todos se ven muy buena onda —Responde Juan.

Aunque no todos estábamos de acuerdo, Juan decidió ir igual, y mientras corría en busca de un instructor, Nico me dio la tabla.

—Es tu turno Maxi.

La tomé con nervios, nunca antes había tenido un skate en mis manos y hasta ahora todos habían logrado hacer algo menos yo. No podía quedar como el pibe que no se arriesgaba a nada.

Imitando lo que hicieron los demás chicos, la dejé en el suelo, apoyé un pie encima de la tabla y el otro en el suelo, con el cual tomé envi6n. Intentando mantener el equilibrio, acomodé mis pies sobre ella. Salí con mucha velocidad por el parque. La estaba pasando bien sintiendo el viento en mi cara, y al girar ví a mis compa1eros gritar:

—¡Cuidado! ¡La vereda!

Me fijé y delante mío, a unos metros, efectivamente ví la vereda y estaba por chocarme. No tenía idea de cómo frenar. O saltaba del skate o iba directamente al impacto. Pero no me dió tiempo de saltar, me estrellé con la vereda, y salí disparado hasta el pasto, dando un par de vueltas. Todos estaban en silencio, excepto Miguel:

—¡Se la dio con toda!

—Vamos a ver qué le pasó —Responde Nico

Los chicos vinieron a ver si estaba bien pero todavía me sentía mareado, así que tardé en reaccionar. El sol me daba en la espalda, y todavía tenía un poco de pasto en la boca por el golpe. Nico se preocupó y me giró

—Eu, ¿estás bien?

Abrí los ojos y me reí

—¡Estuvo muy bueno! ¡Salí volando como un superhéroe!

Miguel y Nico se despreocuparon y unieron a las risas.

—¡Tendrías que haberte visto! Parecías un pájaro que no sabe volar —
Respondió Miguel.

—Es verdad, eso debe haber dolido —Dijo Nico

Me levanté del suelo y me saqué el pasto de la ropa. De pronto sentí unas piedritas en mi boca, y les dije a los chicos:

—¡Che, creo que trague una piedra!

Miguel y Nico se rieron a carcajadas. Yo seguía sin entender, pero al pasarme la mano por la boca para limpiarme un poco, noté que me había quebrado un diente. Claro, de eso se reían. Ya estaba más tranquilo, logré demostrar mi valentía en el skate y tenía una prueba de ello, un diente quebrado que podía llevar con mucho orgullo por los pasillos de la escuela.

Mientras nosotros seguíamos riendo, Juan volvió un poco enojado porque nadie le quiso dar una mano para aprender a andar en skate, a los chicos más grandes no les interesaba enseñarnos.

—Eu, hablé con todos y no me dieron pelota. Que lástima.

Nosotros no podíamos parar de reír, y Juan no entendía nada. Le contamos lo que me pasó y se rió con nosotros un rato. Decidimos descansar en el pasto mientras recuperábamos energías para seguir. Además, Juan todavía no había andado en skate.

Capítulo 4

Estábamos debajo de la sombra de un árbol riéndonos de las locuras del día, cuando unos desconocidos nos rodearon, y al levantar la mirada pudimos ver al hermano de Miguel con dos amigos suyos. Nos preocupamos por lo que nos podría decir.

—Che Migue, ¿qué hacés acá? ¿no tendrías que estar en la escuela? — dice el hermano de Miguel

—Sí, pero Smith decidió sacarnos de clase y cuando llegamos acá nos volvimos locos por andar en skate.

—¿De nuevo Smith? Bueno, esta te la perdono, levántate y les enseñe algo a todos, pero después vayan directo a la escuela que si mamá se entera se va a enojar.

—¡Esa, sos un capo! ¿Vieron que mi hermano es el mejor?

El hermano de Miguel nos superaba por casi 7 años, ya estaba por entrar a la universidad y había comenzado a andar en skate más o menos a nuestra edad, así que estábamos ansiosos de que nos enseñe. Nuestras miradas lo seguían.

Tomó el skate y comenzó a hacer grandes trucos en la rampa, trucos que nunca habíamos visto antes, pero no éramos los únicos sorprendidos. Cuando terminó, nosotros y algunos más que estaban cerca, aplaudimos.

Giré a mi alrededor y unas chicas lo estaban saludando y felicitando. Cada vez me sentía más emocionado por todo lo que estábamos por aprender, y aún más viendo que muchas personas lo conocían y respetaban por sus trucos.

Juan fue hasta la rampa del hermano de Miguel y dijo, en voz alta:

—¡Estoy más que listo para ser el primero en probar!

—Tranquilo, este truco es muy avanzado, tal vez en un futuro lo puedas hacer, pero empecemos con algo más básico.

El hermano de Miguel dió unos pasos, apoyó la tabla en el suelo y aprovechó su movimiento para pararse sobre ella. Luego saltó e hizo que el skate acompañe el salto. Fue genial verlo, pero ahora era nuestro turno de intentar. Juan agarró el skate y escuchó atentamente las instrucciones. Se notaba que tenía miedo, pero nos dijo:

—Bueno chicos, lo voy a intentar, ¿qué podría salir mal? por lo menos no es una clase de matemática.

Juan tomó el skate y escuchó al hermano de Miguel:

—Lo más importante es conservar el equilibrio... Aunque parezca un poco aterrador, al conseguir velocidad vas a poder mantener el balance y va a ser difícil que te caigas.

Juan siguió las instrucciones al pie de la letra. Todos mirábamos y esperábamos su primer intento. Él se puso nervioso, sus rodillas temblaban y no podía mantenerse firme. El hermano de Miguel se acercó y le dijo que intente tomarlo de su brazo, para que se agarre por si se caía. Así Juan se sintió más seguro, y sin dudar hizo su primer intento. Que no le salió nada mal, no logró saltar lo suficiente pero casi queda en la misma posición con la que inició.

Después de ver que a Juan le había salido, todos queríamos intentar el truco, pero a ninguno de nosotros nos salió. Igual, el hermano de Miguel nos dijo que lo que contaba era el intento.

Al cabo de unas horas la gente comenzó a salir del parque, miré mi reloj y eran la una de la tarde. ¡En una hora debíamos estar saliendo del colegio! Así que agarramos todas nuestras cosas y salimos corriendo. El hermano de Miguel nos miró con asombro y Miguel le aclaró:

—Es tarde y dentro de poco deberíamos estar saliendo de la escuela

—¡Bueno, corran! —respondió el hermano de Miguel

—Gracias por todo. Te debo una, no le digas a mamá. —Dijo Miguel mientras guiñaba el ojo.

Miguel tomó su mochila, dió media vuelta y comenzó a correr atrás nuestro. Corrimos por lo que pareció una inmensidad de calles, esquinas y parques, intentando llegar lo más rápido posible al colegio. Sólo nos importaba llegar a tiempo y antes del horario de salida, para que no se den cuenta que no estábamos. Mientras corríamos, Nico notó que habíamos pasado por la misma esquina unas dos o tres veces.

—Chicos, estamos dando vueltas en círculo por el mismo camino. No vamos a llegar.

No sabíamos exactamente donde estábamos, y nos empezamos a poner muy nerviosos. Ninguno de nosotros conocía el recorrido para llegar a la escuela, la ciudad sin un adulto era más grande de lo que nos imaginábamos. El tiempo corría y seguíamos perdidos en la ciudad. No teníamos ni idea qué hacer.

En un momento dejamos de caminar, y Juan intentó calmarnos yendo a un kiosco a preguntar si sabían dónde estábamos y cómo podríamos llegar. Mientras tanto, nosotros esperamos afuera.

—Chicos, el señor del kiosco me dijo que faltan 10 cuadras para el colegio.
¡No llegamos a tiempo! —Dice Juan

En mi mente pensé que éste era nuestro fin: notarían nuestra ausencia, llamarían a nuestros padres y posiblemente nos suspenderían o tal vez expulsarían del colegio. Todo lo que imaginaba era un horror.

Intentamos solucionar el problema entre todos, pensamos en caminar y llegar tarde, o ir directamente a nuestras casas, pero Smith se daría cuenta que no volvimos a clase y llamaría a nuestras casas para preguntar, alertando a nuestros padres.

Por lo tanto, decidimos que debíamos pensar un mejor plan, uno que nos haga llegar a tiempo y evite problemas con los adultos, así que dije:

—Podríamos tomar un taxi, pagarlo entre todos, llegar al colegio y entrar a la clase de Smith unos minutos antes que suene el timbre. Con un taxi creo que llegamos a tiempo.

—¡Sí! Así nos vamos a ahorrar el reto de la maestra. —Dijo Nico

Mi plan era el más útil, pero antes había que fijarse cuánta plata juntábamos para pagar el taxi. Después de hacer las cuentas, teníamos \$106, y pensamos que era suficiente para las 10 cuadras que faltaban para llegar al colegio. Si no alcanzábamos, nuestro plan B era correr.

Una vez que juntamos toda la plata, tomamos un taxi que vimos pasando por la cuadra, y le comentamos el problema al taxista, quien nos ayudó a llegar rápidamente al colegio.

Capítulo 5

Teníamos todo planeado: llegaríamos minutos antes del timbre, bajaríamos del taxi y entraríamos por la parte de atrás del colegio. Y así fue. Subimos las escaleras, cruzamos el pasillo y Juan fue a golpear la puerta del aula para entrar. Ya teníamos pensado que decir si nos preguntaba dónde estuvimos.

Smith abrió la puerta y nos hizo pasar, para nuestra sorpresa nuestros compañeros de clase ya se habían ido, sólo quedábamos nosotros cuatro y Smith. Nos invitó a sentarnos en la fila del frente y sacó nuestros cuadernos rojos de su banco. Sin decir nada, los puso enfrente nuestro.

—Fíjense cuántas firmas tienen en sus cuadernos rojos —Dijo Smith.

Cada uno comenzó a contar sus firmas. Yo no recordaba haber conseguido 10 en tan solo 4 meses, y la última fue de la semana pasada... eso significaba que ella no había escrito nada todavía. Levante mi cabeza y la miré fijamente.

—¿Se fijaron las fechas? todavía falta la mía —nos dijo con un tono severo, la señorita Smith.

¿Ésta era una amenaza o a caso no nos iba a retar? ¿Había descubierto nuestro escape? Tal vez sólo esperaba que confesemos... esa era la posibilidad más acertada, quizás quería que fuésemos honestos, e incluso podría ayudarnos para que nuestros padres no se enojen.

Me acerqué a Nico, le comenté lo que pensaba y él levantó la mano, pero justo antes de que abriera la boca, Miguel lo interrumpió:

—Smith, la verdad es que no quiero más problemas y mis compañeros tampoco, si nos vas a hacer firmar, que sea en mi cuaderno.

—No Miguel, no quiero escribir nada en sus cuadernos. Me gustaría que me cuenten por qué no hacen sus deberes, y que me comenten que sucedió hoy, porque uno de sus compañeros los vió salir por la parte de atrás de la escuela. —Respondió Smith.

Me sorprendí por el acto de Miguel, ¿desde cuando piensa en el resto de nosotros? No tenía por qué hacerlo. Además, Smith también estaba siendo muy considerada,

y yo cada vez entendía menos. Mientras sacaba mis conclusiones internas, Nico interrumpió:

—Miguel no tiene toda la culpa, yo también participé. No es justo que el castigo sea sólo para él.

—Chicos, no sé a qué se refieren. ¿Qué hicieron hoy, exactamente? ¿Me podrían contar? —Preguntó Smith con un tono de voz más suave.

Al escucharla me di cuenta que teníamos la oportunidad perfecta para cambiar la historia, así el castigo no sería tan fuerte. Pero... ¿Y si realmente Smith ya estaba enterada de todo? Junté valor y decidí hablar:

—Yo fui quien dió el primer paso para salir de la escuela, e hice que el resto me siguiera.

—Esperá Maxi, pero fue mi idea escaparnos e ir andar en skate —dijo Miguel

—Yo también quería salir y aprender trucos, además le hablé a muchos extraños —comentó Juan

—Igual yo hice que todos se animen a andar en skate y por mi culpa Maxi casi pierde un diente —dijo Nico

Smith, sorprendida por lo que decíamos, se acomodó en su escritorio, y con cara de preocupación llevó sus dos manos a la cabeza. Al levantar la mirada, pudimos ver que una lágrima caía por su mejilla. Se levantó lentamente y nos dió un abrazo, uno muy fuerte.

—Me alegra mucho que estén bien. Estaba muy preocupada por ustedes. No quise alarmar a nadie y estaba muy ansiosa porque no volvían.

No pueden volver a hacer una cosa así. Es peligroso y más sin la compañía de un adulto. Miren a Maxi, le falta un diente ahora, pero pudo haber sido peor —dijo Smith con voz temblorosa.

Nunca la había visto tan preocupada. Había dejado su mal humor de lado, estaba teniendo empatía con nosotros y no nos quería meter en problemas, ella también estaba haciendo mucho más de lo que le correspondía.

Después de unos segundos de silencio, Smith habló:

—Entiendo por qué se fueron. Me siento responsable por lo que pasó, pero voy a intentar que las clases sean más dinámicas, lúdicas, e interesantes. Con respecto al escape, no les voy a poner una firma en su cuaderno y tampoco voy a hablar con sus padres, siempre y cuando ustedes cumplan con las tareas y estudien para los exámenes. Si tienen dudas, acuérdense que siempre me pueden preguntar, yo voy a estar para ayudarlos. Ya pueden ir a sus casas.

Me levanté del banco y caminé hacia la puerta, reflexionando por dentro sobre todo lo que Smith nos había dicho. Definitivamente este día fue una locura, nos escapamos por primera y última vez del colegio, anduvimos en skate y Smith decidió ayudarnos en vez de retarnos, siempre que estudiemos y hagamos los deberes.

Fue una linda experiencia, no me gustaría repetirla porque ahora entiendo que pondría ,en riesgo la escuela, la relación con mis padres y mi propia vida. Ella también me ayudó a explicarles el diente roto a mis padres, escribió en nuestros cuadernos que la causa había sido una caída durante el recreo. Desde ese día me dí cuenta que los maestros son mentores, y lo que más quieren es prepararte para la vida. Todavía hoy recuerdo a Smith con una sonrisa, y a esa aventura que dió lugar a mis mejores amigos actuales y a clases más divertidas. Tampoco quise arreglar mi diente, es un recuerdo que me acompaña hasta el día de hoy.